



Año 2 No. 3
Bucaramanga
Junio de 2000

LOS PAISAJES DE NELSON FLÓREZ

Eduardo Serrano

Aunque hubo algunos pintores que esporádicamente confrontaron el paisaje a lo largo del siglo XIX, este tipo de pintura, sin otros objetivos que los de servir como medio creativo y expresivo, sólo tuvo sus inicios en Colombia en 1893, cuando Andrés de Santa María y Luis de los Llanos dieron comienzo a una cátedra sobre la materia en la Escuela Nacional de Bellas Artes. Desde ese momento la fiebre del paisaje se extendió a lo largo y ancho del país con una intensidad inusitada, hasta el punto de convertirse en el tema favorito de todos los pintores colombianos durante las cuatro décadas siguientes. En dicho lapso se produjeron obras excelentes como la de Domingo Moreno Otero, pionero del movimiento artístico en Santander, y gracias a este tipo de pintura apoyada en lo aledaño y lo cual, comenzaría a emerger y a tomar forma una corriente o argumento nacionalista que ha jugado un papel fundamental en el acontecer artístico del país.

En la primera mitad de la década de los años treinta, con el florecimiento en nuestro medio de la estética de la vanguardia y con su posterior y excluyente desarrollo, la pintura de paisajes empezó a perder terreno y a ser mirada como un arte académico y conservador, no sólo por no prestarse fácilmente para los cambios estilísticos que habrían de sucederse con sorprendente rapidez, sino principalmente por no coincidir con la doctrina modernista de una originalidad a toda prueba no con su fe en las invenciones y la tecnología. El modernismo se interesaba fundamentalmente en la experimentación y en las formas creadas por el hombre y en ellas depositaba su irreducible fe en el progreso, así como en la pureza, la claridad y el orden, no siendo extraño, por lo tanto, que la naturaleza hubiera desaparecido casi por completo de la producción del trabajo de Gonzalo Ariza quien nunca aceptó los dictámenes del arte occidental inspirándose en cambio en las doctrinas y ejemplos orientales.

En los últimos tiempos sin embargo, algunos artistas colombianos al igual que de otras latitudes, particularmente los más jóvenes, han puesto en duda los presupuestos modernistas habiendo comprobado, a través de las obras de sus inmediatos antecesores, que en lugar de independencia y libertad incitaron un sometimiento a leyes y formas predeterminadas. Comenzaron así mismo un agudo cuestionamiento del mundo hecho por el hombre, de la pretensión científica de objetividad, y sobre todo, de las supuestas bondades de la tecnología, cuyos devastadores efectos saltan a la vista: una tierra arrasada y una vegetación inmisericordemente defoliada, un aire y agua cada día más insalubres y polutos, infinidad de recursos arruinados por la adicción de químicos nocivos, montones de basura sintética inundan las ciudades, e inclusive una buena cantidad de desechos radioactivos que ha falta de albergue en los países mas tecnificados se pretenden ubicar en el tercer mundo, incluido el territorio nacional.

Pues bien, esos artistas han dirigido su mirada nuevamente sobre la naturaleza, pero no con el ánimo de regresar a la pintura naturalista de paisajes, sino como un reconocimiento de la fragilidad humana, y como una manera de indicar territorios más allá de la superficie de las obras. Sus trabajos no niegan nada, mucho menos el pasado, pero hacen claro que las formas y sistemas humanos son simples sobreposiciones en el mundo natural. De sus énfasis y apreciaciones puede colegirse su percepción de un planeta amenazado e inseguro, y también su convicción de que el problema de la mayoría de las personas en el momento actual es la supervivencia, no el desarrollo ni el progreso.

Entre esos pocos artistas se encuentra Nelson Flórez, un joven pintor de Floridablanca que ha venido trabajando consistentemente en el tema de la naturaleza y el paisaje y quien ha logrado conformar una obra de gran particularidad e incuestionable sentido y pertinencia. Su trabajo se concentra en la quebrada y multiforme topografía de Santander, así como el color variado y sorprendente de la vegetación andina, y manifiesta, por lo tanto, estrechas relaciones con los escenarios de sus experiencias. Pero su obra hace gala de una simultaneidad de visión que nada tiene que ver con la objetividad, la cual se traduce en una lúcida amalgama de puntos de vista: de arriba y de abajo, de derecha y de izquierda, de lejos y de cerca. Es decir, en su obra se desecha toda pretensión de ordenar el mundo natural y se hace en cambio amplio uso de la memoria y la ficción e inclusive de la intuición y de la magia. Los paisajes de Flórez son como visiones interiores de sus sensaciones, en las cuales es patente que su estructuración depende mucho más de consideraciones acerca de su tiempo y su contexto que del estilo o de las formas. Son paisajes que no comienzan y terminan en los bordes de sus lienzos sino que dan siempre la impresión de extenderse indefinidamente, subrayando la flexibilidad y arbitrariedad de todo límite; y como la vida misma, son abigarrados, ambiguos y complejos, presentándose frecuentemente en la forma de murales, es decir, como obras capacitadas para trascender las salas de exposición y por ende el consumismo, y para instalarse en el espacio urbano y mezclarse, precisamente con la vida. Nelson Flórez es uno de los pocos pintores colombianos de la más reciente generación que ha sabido percibir la esencia del presente y plasmarla en sus trabajos, iluminándonos acerca del mundo y la existencia y sobre el devenir del arte y sus nuevos objetivos, sin por ello renunciar a producir placer estético.